

La guerra

*Cómo nos han marcado
los conflictos*

MARGARET MACMILLAN

TRADUCCIÓN DE LUCÍA MARTÍNEZ

T
TURNER



Para Ann y Peter

ÍNDICE

Introducción	9
I La humanidad, la sociedad y la guerra	23
II Razones para la guerra	51
III Recursos	71
IV La guerra moderna	105
V La forja del guerrero	145
VI El combate	177
VII Civiles	205
VIII Controlar lo incontrolable	235
IX La guerra en nuestro imaginario y en nuestra memoria	269
Conclusión	299
Agradecimientos	307
Bibliografía	309
Créditos de las imágenes	325



LA HUMANIDAD, LA SOCIEDAD Y LA GUERRA

“La guerra la libran los hombres; no las bestias, ni los dioses. Es una actividad particularmente humana. Tacharla de crimen contra la humanidad equivale a perder de vista al menos la mitad de lo que significa; también es el castigo de un delito”.

FREDERIC MANNING, *LOS FAVORES DE*

LA FORTUNA

Si visitamos la bella ciudad alpina de Bolzano, podremos ver las largas colas que se forman frente al Museo de Arqueología del Tirol del Sur. La gente, muchas veces con sus hijos pequeños, espera pacientemente para poder visitar una de las principales atracciones de Bolzano: el cuerpo momificado de un hombre que vivió alrededor del 3300 a. C., Ötzi –el hombre de hielo– murió antes de que se construyeran las pirámides o Stonehenge, y el hielo preservó su cuerpo y posesiones intactos hasta que en 1991 fue encontrado por dos montañeros. Vestía una capa confeccionada con hierba trenzada y prendas de cuero, incluyendo pantalones ajustados, botas y una gorra. Sus últimas comidas, todavía en su estómago, habían consistido en carne seca, raíces, fruta y posiblemente pan. Cargaba con unas cestas y con varias herramientas, tales como un hacha con hoja de cobre, un cuchillo, flechas y partes de un arco.

Al principio se asumió que se había extraviado en una tormenta de nieve y que había muerto solo, pasando los cinco mil años siguientes en una absoluta tranquilidad. Era la historia triste de un inocente pastor o agricultor. En los siguientes decenios, no obstante, y gracias a los avances en ciencia y medicina, resultó posible examinar el cuerpo

más de cerca, mediante tomografía computarizada, rayos X y pruebas bioquímicas. Resulta que Ötzi tenía una punta de flecha alojada en un hombro, y que su cuerpo estaba lleno de magulladuras y cortes. También parecía haber recibido varios golpes en la cabeza. Lo más probable es que muriera por las heridas recibidas de su atacante o atacantes. Y también es posible que él hubiese matado a otros seres humanos, a juzgar por la sangre encontrada en su cuchillo y en una de sus puntas de flecha.

Ötzi no es ni mucho menos el único resto que indica que los primeros humanos fabricaban armas, se enfrentaban en grupos unos contra otros y hacían todo lo que buenamente podían para matarse entre ellos. Se han encontrado en todo el mundo tumbas que se remontan a los tiempos de Ötzi e incluso anteriores, desde Oriente Medio hasta las Américas y el Pacífico, llenas de esqueletos marcados por una muerte violenta. Pese a que las armas hechas de madera y pieles no suelen sobrevivir, los arqueólogos han encontrado filos de piedra, algunos todavía incrustados en esqueletos.

La violencia parece haber estado presente incluso desde antes, durante la mayor parte de la historia de la humanidad, en realidad, cuando nuestros ancestros vivían como nómadas recolectando plantas comestibles y cazando a otras criaturas para alimentarse de ellas. Mucho de lo que sabemos es, obviamente, pura especulación. Recabar e interpretar indicios es extraordinariamente difícil –y más cuanto más atrás en el tiempo; los humanos aparecimos sobre la Tierra hace unos trescientos cincuenta mil años–, aun así, vamos acumulando gradualmente más pruebas gracias a descubrimientos arqueológicos y avances científicos como la lectura del ADN antiguo. Ahora sabemos que hasta un momento muy reciente de la larga historia de la humanidad nos organizábamos en pequeños grupos desperdigados por las partes más templadas del planeta. No había gran riqueza material por la que pelearse y, presumiblemente, si uno de estos grupos se veía amenazado por otro, podía desplazarse sin más. Durante gran parte del siglo xx, los estudiosos del origen de la sociedad humana tendían a asumir que estos primeros grupos nómadas llevaban una existencia pacífica. Pero los arqueólogos han descubierto heridas que sugieren lo contrario en

esqueletos de este lejano periodo. Algunos antropólogos han intentado deducir cómo era aquel mundo observando las escasas sociedades de cazadores-recolectores que han sobrevivido hasta la Edad Moderna. Es un camino indirecto con trampas potenciales: un extraño que observa estas sociedades lo hace desde sus propios prejuicios y además el contacto introduce cambios en ellas.

Dicho esto, hay una serie de hallazgos muy sugerentes. En 1803, por ejemplo, un muchacho de trece años llamado William Buckley escapó de una colonia penal en Australia y vivió entre los aborígenes durante los siguientes treinta años. Después describiría un mundo en el que incursiones, emboscadas, rencillas ancestrales y muertes repentinas y violentas formaban parte integral del tejido de la sociedad. En el otro extremo del mundo, en el duro paisaje ártico, los primeros exploradores y antropólogos repararon en que los habitantes del lugar, inuit e inupiat entre otros, fabricaban armas y armaduras a partir de huesos y marfil, y tenían una rica tradición oral de historias de guerras pasadas. En 1964, Napoleon Chagnon, un joven estudiante estadounidense de antropología, fue a hacer un trabajo de campo entre el pueblo yanomami de la jungla brasileña. Esperaba que su estancia confirmase la visión prevalente de la época de que los cazadores-recolectores son pueblos esencialmente pacíficos. Se dio cuenta de que dentro de cada aldea los yanomamis vivían mayoritariamente en armonía y eran amables y cuidadosos entre sí, pero que la cosa cambiaba cuando se trataba de lidiar con otras aldeas. Las diferencias se resolvían con porras y lanzas, y se hacían incursiones para matar a los hombres y a los niños y secuestrar a las mujeres. En sus treinta años de observaciones, llegó a la conclusión de que una cuarta parte de los hombres yanomami morían de manera violenta.

Si bien hay acalorados debates –guerras, en realidad– entre historiadores, antropólogos y sociobiólogos, parece que las pruebas respaldan la opinión de quienes dicen que los seres humanos, hasta donde podemos saberlo, tenemos propensión a atacarnos los unos a los otros de forma organizada; en otras palabras, a hacernos la guerra. Esto nos lanza un nuevo desafío, el de entender por qué los seres humanos están tan dispuestos a matarse entre sí. Es más que un

acertijo intelectual: si no conseguimos entender por qué luchamos entre nosotros, tenemos pocas posibilidades de evitar conflictos en el futuro. Hasta el momento hay muchas teorías al respecto, pero ninguna respuesta consensuada. Tal vez la guerra sea el resultado de la avaricia o de la competencia por los recursos menguantes, alimentos, territorios, compañeros sexuales o esclavos. O tal vez estemos condicionados por los lazos biológicos y la cultura compartida para valorar a nuestro propio grupo, ya sea un clan o una nación, y temer a los demás. ¿Arremetemos instintivamente contra lo que tenemos delante cuando nos sentimos amenazados, como hacen nuestros primos los chimpancés? ¿La guerra es algo inevitable, o bien algo que hemos construido a través de ideas o cultura? Puesto que la guerra y el miedo a la guerra siguen muy presentes en el siglo XXI, las respuestas a estas preguntas son importantes.

La guerra no sería posible sin nuestra predisposición a matar, pero esta no basta por sí sola. De dos hombres que se pelean en un bar o incluso de una docena de pandilleros que se enfrentan en la calle o en un parque nunca diríamos que están en guerra. La violencia que causa daños o muerte forma parte de la guerra, pero tenemos la tendencia a contemplarla como una herramienta, no como un fin en sí mismo. El gran teórico alemán Carl von Clausewitz, en una de sus observaciones más conocidas, dijo: “La guerra es un acto de violencia destinado a obligar a nuestro oponente a satisfacer nuestra voluntad”. La guerra tiene un propósito, ya sea este ofensivo o defensivo. Una guerra se puede librar por honor, supervivencia o afán de control, pero se distingue de una pelea de bar por su escala y su nivel de organización. La guerra involucra a docenas, cientos, miles e incluso millones de personas, no se trata de una o unas cuantas personas ejerciendo la violencia unos contra otros. Es un choque entre dos sociedades organizadas que ordenan la participación de sus miembros y que han existido durante un periodo de tiempo considerable. Como decía el teórico político inglés Hedley Bull: “La violencia no es guerra a menos que se lleve a cabo en nombre de una unidad política [...]”. Y proseguía: “Asimismo, la violencia que se ejerce en nombre de una unidad política no es guerra a menos que se dirija contra otra unidad política”. Las pandillas

están organizadas y sus miembros pueden decir que comparten valores y objetivos, pero no son unidades políticas y sociales estables. Por supuesto, pueden llegar a serlo y crecer y convertirse en clanes, tribus, sociedades de jefatura, baronías, reinos o naciones capaces de hacer la guerra.

Una de las muchas paradojas de la guerra es que a los humanos empezó a dárselos bien conforme iban creando sociedades más organizadas. Lo cierto es que ambas cosas han evolucionado de la mano. La guerra –violencia organizada con un propósito entre dos unidades políticas– se fue volviendo más elaborada cuando desarrollamos sociedades sedentarias establecidas y ayudó a que estas fueran más organizadas y poderosas. De eso no hace más de diez mil años, un instante en la historia humana: cuando algunos de nosotros empezamos a asentarnos y nos convertimos en agricultores, la guerra empezó a sistematizarse y a requerir formación y una clase guerrera. Además de tumbas en varios lugares del mundo, los arqueólogos han encontrado vestigios de fortificaciones, en Turquía por ejemplo, que se remontan al menos al 6000 a. C., y también de agrupaciones de viviendas que parecen haber sido deliberadamente incineradas. Con la llegada de la agricultura, los humanos se vieron más vinculados a un lugar y empezaron a poseer más cosas dignas de ser robadas y defendidas. Para defenderse necesitaban una mejor organización y más recursos, lo que a su vez condujo a que algunos grupos expandieran su territorio y a que su población aumentara, bien pacíficamente o bien conquistando el terreno de otros.

Uno de los muchos debates acerca de los orígenes y la evolución de la guerra es si los humanos se han vuelto más o menos violentos con el tiempo. Steven Pinker y otros que piensan como él, como el arqueólogo Ian Morris, se muestran más bien optimistas y creen que existe una clara tendencia a alejarnos de la violencia. La mayoría de los países ya no celebran ejecuciones públicas, tienen leyes contra la crueldad hacia los animales y los niños, y las diversiones como el hostigamiento de osos o las peleas de perros normalmente son ilegales. Los optimistas van incluso más allá e intentan sumar las muertes debido a las guerras del pasado (tarea nada fácil de por sí) para demostrar que las tasas

de homicidio entonces eran mucho más altas de lo que son ahora y que las muertes en guerras, en proporción al número de personas con vida en el momento, son menos en los siglos xx y xxi que en guerras anteriores, incluso contando con el enorme derramamiento de sangre de las dos guerras mundiales. Otros cuestionan estas cifras y apuntan a que las muertes en guerras del siglo xx podrían ser el 75% de todas las muertes por esa causa en los últimos cinco mil años. Y si lo que se busca es deprimirse acerca del futuro de la humanidad, hay estudios de las universidades de Florencia y Colorado que usan instrumentos matemáticos y afirman que la tendencia va a ser hacia un número menor de guerras pero más mortíferas. Su argumento es que cuanto más interconectadas están las sociedades, más fácil es para un conflicto extenderse a través de la red: igual que los virus informáticos o los incendios forestales. Si en el verano de 1914 un pequeño rifirrafe en los Balcanes pudo convertirse en la Gran Guerra, fue porque las potencias de Europa estaban tan interconectadas por tratados, acuerdos y planes que las tensiones proliferaron en todas las direcciones a partir del asesinato del archiduque Francisco Fernando hasta que estalló una guerra general.

Incluso si Pinker está en lo cierto –y el debate continúa– de alguna manera no resulta muy tranquilizador. Los que hemos disfrutado la larga paz que dura desde 1945 tenemos que reflexionar acerca del hecho de que una gran parte del mundo, incluidos Indochina, Afganistán, la región de los Grandes Lagos en África y gran parte de Oriente Medio ha estado y sigue estando en guerra. Un proyecto de la Universidad de Uppsala (Suecia) estima que entre 1989 y 2017 murieron más de 2 millones de personas a causa de la guerra. Desde 1945 unos 52 millones se han visto obligados a desplazarse a causa de un conflicto.

La frecuencia de la violencia y la guerra en el pasado y su persistencia en el presente suscitan una pregunta incómoda, a saber: ¿acaso los humanos están genéticamente programados para luchar entre sí? Una vía de investigación para dar respuesta a este interrogante pasa por examinar a nuestros parientes más próximos en el reino animal: los chimpancés y bonobos. Ambas especies viven en grupos organizados, tienen formas de comunicarse entre ellos y fabrican herramientas

primitivas (recientemente, en Irlanda del Norte, un par de chimpancés emprendedores fabricaron juntos con una rama una escalera para huir del zoológico de Belfast). Los chimpancés y los bonobos se parecen tanto entre sí que hasta los años veinte del pasado siglo se creyó que pertenecían a una misma especie, aunque lo cierto es que han evolucionado de manera bastante diferente en lo que se refiere a su forma de vivir juntos y relacionarse con extraños.

Jane Goodall estudió a los chimpancés en su hábitat natural en Tanzania durante más de medio siglo. Ella y su equipo llegaron a convertirse en parte del entorno, hasta el punto de que los chimpancés ignoraban su presencia, y así pudieron observar cómo se relacionaban, cuidaban de los más jóvenes, jugaban y también cómo se mataban entre sí. Los grupos, dominados por los machos y firmemente apegados a su propio territorio, entraban en conflictos organizados contra otros grupos, a menudo sin mediar provocación. Mataban a cualquier chimpancé solitario que se alejase demasiado de su propio territorio, y llevaban a cabo incursiones para eliminar a machos rivales, así como a hembras y crías. En un conflicto particularmente prolongado, un grupo exterminó al otro y acabó ocupando su territorio. En sus memorias, Goodall afirma que al principio había pensado que los chimpancés de su estudio eran “en su mayoría, bastante más agradables que los seres humanos”. Después, continúa, “de repente nos dimos cuenta de que los chimpancés podían ser brutales, que, al igual que en nuestra naturaleza, había algo oscuro en la suya”.

Antes de decidir que los seres humanos tienen una marca oscura indeleble en su naturaleza, deberíamos pensar en el contraejemplo de los bonobos, que no se pelean ni se cazan entre sí. Los bonobos parecen tan inteligentes como sus primos los chimpancés, pero han evolucionado de una forma muy distinta, tal vez porque viven en la orilla sur del río Congo, donde resulta fácil encontrar alimento, y no tienen rivales poderosos como los gorilas que hostigan a los chimpancés tanzanos. Entre los bonobos, son más bien las hembras las que forman grupos consolidados y tienen tendencia a dominar a los machos. Cuando dos bonobos desconocidos se encuentran, su primer instinto no es atacar, sino observarse tímidamente y después ir avanzando

lentamente hacia el otro. Empiezan compartiendo alimentos, se asean mutuamente y se abrazan, dándose placer de todo tipo entre sí (los vídeos de bonobos jugando son muy populares en internet, aunque haya quien piense que no son lo que se dice un entretenimiento para todos los públicos). El debate acerca de si la preferencia de los bonobos por hacer el amor y no la guerra es el resultado de su entorno o de la evolución o una combinación de ambos sigue abierto.

¿A cuál de nuestros primos nos parecemos más los humanos? La respuesta parece ser que a ambos. No podemos negar la relación: los humanos compartimos el 99% de nuestro ADN con los chimpancés y los bonobos. Al contrario que estos, no obstante, hemos desarrollado el lenguaje, tecnologías complejas y la capacidad de pensamiento abstracto. Hemos construido sociedades altamente complejas con instituciones sociales y políticas, ideas, sistemas de creencias y valores. Somos capaces, al igual que los chimpancés, de reaccionar de manera violenta cuando tenemos miedo, pero al igual que los bonobos, tenemos una capacidad altamente desarrollada para la interacción amistosa, la cooperación, la confianza y el altruismo. En su libro *The Goodness Paradox* [La paradoja de la bondad], el antropólogo Richard Wrangham afirma que a lo largo del curso de la evolución humana hemos aprendido a dominar nuestro lado agresivo, en parte domesticándonos a nosotros mismos de la misma manera en que hemos domesticado a los animales salvajes. No hay más que ver cómo acabamos transformando a los lobos en mascotas. Wrangham opina que los humanos, trabajando en conjunto, fueron librándose poco a poco de los miembros más violentos de sus grupos, matándolos. Tal vez, como sugieren otros antropólogos, la preferencia sexual también tuviera algo que ver en la medida en que las mujeres y sus padres buscaban compañeros apacibles y cooperativos. Mientras sucedía esta domesticación gradual de nuestros ancestros, los humanos también se iban construyendo instituciones sociales y políticas, incluyendo Gobiernos centrales fuertes en posesión del monopolio de la violencia, lo cual, a diferencia del caso de los chimpancés, impedía a sus subordinados agredir y matar a voluntad. Tampoco esto supuso el fin de la violencia; lo que sucedió fue más bien que las sociedades organizadas fueron

capaces de usarla de manera organizada y con un propósito. La paradoja, tal y como la presenta el profesor Wrangham, es que a medida que los humanos se iban volviendo más agradables, también empezó a dárseles mejor matar, y a una escala sin precedentes.

Creo que no podemos negar la herencia de la evolución. Tenemos impulsos, sentimientos como el miedo, y necesidades y deseos de cosas como la comida y el sexo. Al igual que la mayor parte de especies, de aves a mamíferos, somos territoriales, pero también somos seres sensibles y tenemos capacidad de decisión, de escuchar a la mejor parte de nuestra naturaleza o a la peor. Hemos creado culturas que establecen lo que somos y ayudan a determinar lo que nos parece importante. Así que no solo luchamos por la supervivencia –comida, sexo, cobijo–, sino también en nombre de abstracciones como la religión o la nación, que nos parecen dignas de matar y morir por ellas. Tampoco recurrimos invariablemente a la violencia, aunque una causa nos pueda importar: somos capaces de buscar soluciones pacíficas. El ser humano ha soñado y sigue soñando con hacer desaparecer por completo la guerra.

El jurado sigue deliberando acerca de cómo y por qué evolucionamos como lo hicimos, y en qué medida esto es importante en relación con la guerra. Otro encendido y prolongado debate es el de si la sociedad nos hace mejores o peores, más pacíficos o más belicosos. En lugar de comparar a chimpancés y bonobos, este debate gira en torno a dos pensadores europeos del siglo XVIII: Thomas Hobbes y Jean-Jacques Rousseau. Ambos se interesaron por la relación entre los seres humanos y sus sociedades, y la cuestión de si nuestra condición normal es la guerra o la paz. Los dos trataron de describir al ser humano en un estado natural antes de que hicieran su aparición las sociedades organizadas. A diferencia de nosotros, no tenían pruebas de cómo vivían los humanos en el pasado lejano, pero les parecía útil imaginar cómo podrían coexistir sin leyes ni organización para después observar sus propias sociedades.

Rousseau afirmaba que la violencia no forma parte integral del ser humano. Los seres humanos, sostenía, eran buenos por naturaleza hasta que la sociedad los corrompió; un idilio pastoril en el que los

cazadores-recolectores vivían en armonía entre sí y con la naturaleza. Tenían lo suficiente para cubrir sus necesidades y no hacía falta pelear para quitarles la comida a los demás o defender la propia. Esto condujo, según Rousseau, al desarrollo de la propiedad privada y los oficios especializados, ya que algunos siguieron siendo agricultores y otros se convirtieron en artesanos, guerreros o gobernantes. Los más afortunados acumularon más propiedades de manera que la sociedad que una vez había sido igualitaria se convirtió en desigual y jerárquica. Los más fuertes explotaban a los más débiles y la sociedad acabó marcada por la avaricia, el egoísmo y la violencia. A medida que la sociedad y los Estados iban evolucionando y haciéndose más complejos, con más poder sobre sus miembros, los humanos fueron perdiendo más y más libertad. La tendencia de los diferentes Estados a pensar tan solo en su propio interés no hacía más que aumentar las posibilidades de que acabaran en guerra entre sí. La solución de Rousseau, que elabora en *El contrato social*, no era una vuelta a este paraíso hipotético, algo que el filósofo aceptaba como imposible, pero sí la creación de una nueva relación entre individuos y sus instituciones sociales y políticas. Los seres humanos necesitan vivir y trabajar juntos, pero esto debería ser algo voluntario y suceder en un Estado que garantice su libertad y trabaje para ellos en lugar de lo contrario. Si los seres humanos pudieran comportarse como si hubieran cerrado voluntariamente un contrato entre sí, tanto los individuos como la sociedad se volverían más felices y armoniosos. Una vez logrado esto, los Estados, ya ilustrados, podrían trabajar para superar sus mutuos miedos, suspicacias y avaricia, que tan a menudo conducen a la guerra. En ocasiones Rousseau parece haber imaginado unos Estados federados de Europa en los que la guerra estaría prohibida y la paz garantizada.

Hobbes, por su parte, veía la cosa de manera bien distinta. En estado natural, los humanos vivían vidas precarias y luchaban entre sí para sobrevivir. La vida, en sus palabras, era “solitaria, miserable, malvada, brutal y breve”. No había tiempo ni recursos suficientes para fabricar herramientas, cultivar, comerciar o aprender. “No se conocía la faz de la Tierra, no había medida del tiempo, ni artes, ni letras, ni sociedad, y lo que es peor, el miedo era constante, al igual que el peligro de una

muerte violenta”. El crecimiento de las sociedades asentadas y los grandes Estados estaba lejos de ser la causa del conflicto, más bien lo contrario. El crecimiento de una entidad política grande y poderosa –lo que Hobbes llama Leviatán– era la manera de controlar la violencia, al menos dentro de las sociedades. La sociedad internacional seguía siendo como la naturaleza; los Estados bregaban por aventajarse a los demás en un mundo anárquico. Los más fuertes maltrataban a los débiles y estos capitulaban o eran subyugados por la fuerza. A diferencia de Rousseau, no tenía expectativas en cuanto a que las sociedades y los Estados pudieran volverse ilustrados y aprender a trabajar juntos de manera voluntaria.

Muchos de nosotros seguimos prefiriendo la versión rousseauiana del pasado, la suposición de que los humanos somos por naturaleza inocentes y pacíficos. El siglo xx fue tan terrible en tantos aspectos que no resulta sorprendente que sigamos buscando sociedades contemporáneas mejores y más amables que la nuestra. Si no se esconden en islas tropicales o selvas o desiertos, tal vez puedan crearse sobre la base de unos principios adecuados. Durante un breve periodo, entre los años veinte y treinta del siglo pasado, los intelectuales occidentales pensaban haber encontrado su jardín del edén en la Unión Soviética, hasta que finalmente las pruebas de la hambruna masiva y el asesinato organizado a manos del Estado se hicieron demasiado evidentes para ser ignoradas por la mayoría. En los años sesenta la China de Mao se convirtió en la gran esperanza, en parte porque se sabía muy poco acerca de ella. La Revolución Cultural parecía algo benévolo al principio: la vehemente juventud que deseaba transformar la sociedad en un paraíso igualitario en el que todos trabajarían de buen grado para construir un mundo nuevo. Una vez más, esta idílica imagen se ensombreció cuando supimos de la verdadera brutalidad y destrucción de aquellos años.

Empezando por el Jardín del Edén de la Biblia, la literatura y las artes se han dedicado a describir pacíficas edades doradas del pasado o utopías por venir. Los poetas griegos y romanos como Hesíodo y Séneca creían que los humanos habíamos disfrutado de una edad dorada en el pasado lejano y que la historia no dejó de empeorar en dirección

a las edades de Bronce y de Hierro, cuando los seres humanos se hicieron con armas y se volvieron avarientos y belicosos. Existen historias parecidas en las tradiciones china e india. Los primeros exploradores que se encontraron con pueblos de las Américas y del Pacífico quedaban sorprendidos por lo apacibles que parecían la mayoría de ellos. Sus relatos calaron en la imaginación de un Occidente en plena y vertiginosa industrialización. En el siglo xx, los artistas occidentales como Henri Rousseau y Paul Gauguin se dedicaban a pintar escenas oníricas de bellos africanos o isleños del Pacífico rodeados de árboles cargados de fruta al alcance de la mano. Al parecer no había ni voluntad ni necesidad de guerra.

Cuando apareció la antropología como campo serio de investigación durante los siglos xix y xx, sus hallazgos parecieron confirmar esta imagen de felicidad. La estadounidense Margaret Mead, que hizo su trabajo de campo en Samoa en los años veinte, hablaba de un mundo libre de culpa, codicia o ira. Y también de guerra, el flagelo de otras civilizaciones. Nadie en Samoa, escribía, “sufre por sus convicciones o lucha hasta la muerte por un objetivo específico”. Los jóvenes seguían a sus mayores en relaciones sexuales abiertas y amorosas, y las familias se reunían para celebrar festines de manera habitual, compartiendo su abundancia entre sí. “A veces la aldea no se va a dormir hasta bien pasada la medianoche, cuando por fin queda solamente el suave trueno del arrecife y el susurro de los amantes, mientras el pueblo descansa hasta el amanecer...”. Su libro *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa* tuvo un enorme impacto, especialmente en los años sesenta, cuando parecía señalar el camino hacia un mundo sin Vietnams y lleno de amor ilimitado y libre de culpa. En años recientes, tanto su labor de investigación como sus conclusiones se han puesto en tela de juicio. Los últimos críticos de Mead señalan que no hablaba bien el idioma local, que no pasó en Samoa más que algunos meses y, quizá esto sea lo peor, que estaba dispuesta a creer de manera acrítica todo lo que los locales le contaban. (Un par de ellos dijeron después haberle mentado acerca de aquellas vidas sexuales libres de culpa y complicaciones de los adolescentes samoanos). Quienes habían visitado Samoa con anterioridad, misioneros y marineros, describían a

los samoanos como gente que dedicaba bastante tiempo al combate. La paz no llegó a Samoa hasta que la trajo el imperialismo, primero estadounidense y alemán, y más tarde británico. Durante un tiempo pensamos que la civilización maya de América Central podría ser un ejemplo esperanzador de convivencia armoniosa entre Estados. Lamentablemente, cuando fuimos capaces de descifrar la escritura maya después de la Segunda Guerra Mundial, pudimos ver que el tema principal de la literatura maya que ha sobrevivido es la guerra.

¿Qué versión de la historia humana preferimos, la de Rousseau o la de Hobbes? Las pruebas arqueológicas e históricas apuntan resueltamente hacia Hobbes y hacia la guerra como parte integral y duradera de la experiencia humana. Esto no quiere decir que no debamos aspirar a un futuro más parecido a la visión de Rousseau. Entretanto, quizá pueda servirnos de consuelo el hecho sorprendente de que en ocasiones la guerra ha traído paz y progreso a las sociedades.

Esto me lleva a una segunda paradoja de la guerra: el poder estatal creciente y la aparición de grandes Estados –lo que Hobbes llama Leviatán– a menudo son el resultado de la guerra, pero pueden a su vez generar la paz. El poder del Estado y sus instituciones se basa en la autoridad percibida de los gobernantes, venga esta de los dioses o de los votantes, y en la aquiescencia de aquellos que son gobernados. No obstante, en alguna parte de esta combinación y de manera crucial se encuentra la amenaza de la violencia que el Estado puede ejercer, tanto contra su propia gente como contra sus enemigos. La aparición de fuerzas policiales dependientes del Estado en la mayor parte del mundo occidental y en partes de Asia en el siglo XIX acabó gradualmente con el bandidaje y la violencia de baja intensidad. El poder de los señores feudales desapareció cuando los monarcas adquirieron fuerzas suficientes para destruir sus ejércitos privados y arrasar sus castillos. La aparición de un Estado fuerte iba de la mano de un monopolio cada vez mayor del uso de la fuerza y la violencia dentro de sus fronteras. Si alguien se niega a pagar sus impuestos, incendia la casa de su vecino o ignora los requerimientos para hacer el servicio militar, un Estado fuerte se encargará de meterlo en cintura y tanto su propiedad como él mismo sufrirán un castigo, que puede

llegar a la ejecución. Los pueblos yugoslavos vivían juntos en paz, aunque no siempre felizmente, bajo la mano firme de Tito porque, como dijo un croata, “cada cien años venía un policía a asegurarse de que nos queríamos mucho”. Cuando Tito murió y su Partido Comunista se derrumbó, las diferentes etnias de Yugoslavia, azuzadas por demagogos sin escrúpulos, se volvieron unas contra otras. Podemos percibir el Estado como la encarnación de la opresión, pero deberíamos pararnos un momento a pensar lo que es la vida allí donde no hay un poder del Estado. Los samoanos y los habitantes de las tierras altas de Nueva Guinea han vivido esa experiencia, y los desafortunados pueblos de los Estados fallidos que son hoy Yemen, Somalia y Afganistán la viven hoy en día.

El éxito en la guerra contra los enemigos externos a menudo se ha empleado para legitimar y potenciar la autoridad del Estado cuando los gobiernos, democráticamente elegidos o dictatoriales, señalan las grandes victorias como símbolo de virtud o como logros propios. En su discurso sobre el Estado de la Unión de 2019, el presidente Donald Trump habló de la victoria estadounidense tras los desembarcos del Día D en Normandía (obviando la presencia de otras tropas aliadas), una victoria que lograron, dijo, para América y “para nosotros”. “Todo lo que ha sucedido desde entonces –nuestro triunfo sobre el comunismo, nuestros pasos de gigante en la ciencia y los descubrimientos, nuestro progreso sin igual hacia la igualdad y la justicia–, todo ello es posible gracias a la sangre y las lágrimas y la valentía de los americanos que fueron antes que nosotros”. Los romanos solían levantar columnas y arcos de la victoria en honor a la gloria del emperador y del Estado. Napoleón empleaba a escritores y artistas para que cantasen sus triunfos a medida que ascendía hacia el poder en Francia. Cuando se nombró a sí mismo emperador, uno de sus obsequiosos senadores le llamó “héroe incomparable que a todos ha conquistado, que ha sacado todo del caos y creado un nuevo universo para nosotros”. Mientras pareció invencible, Napoleón tuvo en un puño a Francia y a gran parte de Europa. La ristra de victorias de Hitler consiguió conquistar incluso a los conservadores alemanes que habían puesto en duda su capacidad para gobernar.

A la inversa, aquellos gobernantes que no son capaces de defender a sus propios pueblos, o que sufren derrotas en el extranjero, pierden apoyos. En la China clásica, se decía de los emperadores que no subsanaban las revueltas violentas en el país o los ataques desde fuera habían perdido el mandato del cielo y que, por lo tanto, ya no estaban capacitados para gobernar. Napoleón III, sobrino del gran Napoleón, llevó a Francia a la derrota en la guerra franco-prusiana; su régimen cayó y él tuvo que huir al exilio. Se dice que cuando Hitler invadió la Unión Soviética durante el verano de 1941, Stalin fue presa del pánico y dijo: “Lenin fundó nuestro Estado y nosotros lo hemos jodido”. El presidente Lyndon Johnson decidió no presentarse a las elecciones de 1968 por el fracaso de su administración a la hora de poner fin a la guerra de Vietnam.

Desde siempre, los Estados e imperios crecen gracias a guerras de conquista, o cuando aquellas potencias más débiles capitulan frente a ellos para evitar un conflicto del que no tienen perspectivas de salir airosos. Los atenienses usaron su flota y sus ejércitos de tierra para someter a sus vecinos. Alejandro Magno lideró a sus soldados para construir un vasto imperio. Las legiones romanas marcharon dejando Roma tras de sí y conquistando cuanto encontraban a su paso. La China de hoy estuvo una vez dividida en unos ciento cincuenta pequeños Estados que gradualmente fueron consolidándose a través de un proceso doloroso y sangriento. Los chinos todavía recuerdan con horror su periodo de Reinos Combatientes, desde el siglo v a. C. hasta el III a. C., cuando los pocos estados que quedaban libraron una sucesión interminable de guerras y el pueblo se hallaba sometido y reducido a la miseria. El emperador Qin, que consiguió hacerse con el control de los diferentes Estados en el año 221 a. C., era un tirano sin escrúpulos, pero se le recuerda con gratitud como el gobernante que trajo la paz y el orden a China. Se le enterró en Xi'an junto a hileras e hileras de soldados de terracota, un adecuado recordatorio del papel que la fuerza militar había desempeñado en la creación de su Estado. En tiempos más cercanos a los nuestros, Prusia, esa especie de rompecabezas de territorios, usó su ejército para acumular más y más tierras y en última instancia crear la Alemania moderna. El Imperio soviético de la Guerra Fría fue adquirido y conservado por el Ejército Rojo.

Las grandes potencias no son necesariamente agradables (¿por qué deberían serlo?), pero sí ofrecen un mínimo de seguridad y estabilidad a su propio pueblo. Las potencias que perduran usan la fuerza militar para sostenerse, pero su longevidad se asienta principalmente sobre un Gobierno relativamente eficaz que ayuda a ganarse la aquiescencia e incluso la lealtad del pueblo. Los romanos entendían perfectamente que habían usado la guerra para crear su paz, pero que también tenían otras herramientas que merecía la pena usar. Como dice Virgilio en la *Eneida*: “Tú, romano, recuerda tu misión: ir rigiendo los pueblos con tu mando. Estas serán tus artes: imponer leyes de paz, conceder tu favor a los humildes y abatir combatiendo a los soberbios”. El poder no puede garantizar la supervivencia de los leviatanes sin un cierto apoyo por parte del pueblo. El Imperio romano duró tanto porque vino a remplazar a una serie de Estados pendencieros y porque, dentro de sus fronteras, las personas, alimentos y mercancías podían circular libremente a lo largo de sus carreteras bien construidas o a través del Mediterráneo, convenientemente despejado de piratas. Dentro del imperio, la prosperidad económica y la esperanza de vida aumentaron. Lo cierto es que eran los extranjeros quienes acudían al Imperio romano en lugar de lo contrario. Los ciudadanos romanos no estaban retenidos por la fuerza, aunque esta fuera una amenaza siempre presente. La mayor parte de los combates del ejército romano tenían lugar a lo largo de las fronteras de Roma. Los mejores leviatanes tienen leyes coherentes, impuestos razonables y garantizan la propiedad y, en algunos casos, como en el del Imperio romano, incluso toleran costumbres y religiones distintas.

Unos ejércitos fuertes sirven para construir Estados fuertes, pero también pueden socavarlos cuando escapan a su control. En el Imperio romano sucedía que generales sin escrúpulos dirigieran sus tropas leales contra el Estado, o que fueran los propios soldados quienes vendían su lealtad al mejor postor. Cuando el emperador Pertinax fue asesinado en el año 193 tras un reinado de tres meses, se produjo una escena vergonzosa, si debemos creer al historiador Dion Casio: “Porque como si nos halláramos en un mercado o sala de subastas, tanto la ciudad como el imperio fueron subastados”. Con el tiempo, los

leviatanes degeneran, sus Gobiernos se vuelven cada vez más incompetentes, incapaces de lidiar con revueltas armadas internas o con sus enemigos en las fronteras. Los vándalos saquearon una Roma debilitada. Los guerreros mongoles, nacidos a caballo, barrieron todos los viejos regímenes de Persia, China, India y Rusia. La dinastía Ming fue fundada en 1368, cuando ejércitos rebeldes comandados por un campesino derrotaron a las últimas fuerzas de la dinastía mongol Yuan. Dos siglos y medio después, los manchúes se colaron por una grieta de la Gran Muralla para derrocar a su vez a los Ming.

Si son lo suficientemente poderosos, los leviatanes también pueden servir para pacificar sus vecindades. En el siglo XIX, el Imperio británico hacía las veces de policía planetario, asegurándose de que las vías navegables estaban libres de peligros y sofocando conflictos allá donde podía. Los británicos hacían esto en su propio beneficio, para proteger su comercio y su imperio, pero la *pax britannica*, como la *pax romana* antes, permitió que el comercio floreciera y también que se produjeran grandes movimientos de personas alrededor de todo el planeta. Hoy podríamos estar viviendo el fin de la hegemonía del leviatán estadounidense, y empezamos a darnos cuenta de que el mundo necesita a alguien o algo para mantener el orden. Un sustituto menos estable sería una coalición de potencias de tamaño y fuerza aproximadamente similar que trabajaran juntas para mantener la paz. Esto sucedió en Europa durante la primera mitad del siglo XIX con el concierto europeo y, durante un breve periodo de tiempo, con las democracias de la década de 1920. No obstante, basta que una o más potencias, como Alemania antes de la Primera Guerra Mundial, o Alemania, Japón e Italia antes de la Segunda, decidan desafiar el *statu quo* para que la paz se convierta en guerra. El mundo regresa con sorprendente facilidad al estado de anarquía del que hablaba Hobbes, donde ninguna potencia confía en las demás y la única perspectiva es el conflicto reiterado, como sucede en los Estados fallidos.

Tras la caída del Imperio romano en Occidente en el siglo V, Europa regresó a un nivel de desarrollo menor: el comercio terminó porque los caminos y vías navegables eran demasiado peligrosas para los viajeros, y la educación y las artes se extinguieron. Oleadas de invasores

–anglos, vándalos, hunos, godos– barrieron el continente, saqueando todo a su paso, porque no existía la fuerza capaz de detenerlos. Los caciques locales, con sus castillos y sus matones, explotaban a sus vasallos y se hacían la guerra entre sí. En el siglo XII, un cronista escribió acerca de cómo el testamento de un tal Robert de Vitot dejaba a “casi cuarenta parientes, todos orgullosos de su estatus de caballeros, continuamente en guerra unos con otros”. Europa ha experimentado bastantes menos periodos de unidad que China, pero a trancas y barrancas ha ido avanzando, de unas cinco mil unidades políticas independientes (principalmente baronías y principados) en el siglo XV, a quinientas a principios del siglo XVII, doscientas en tiempos de Napoleón a principios del XIX y menos de treinta después de 1945. Esto no puso fin a las guerras, pero sí limitó el número de rivales potenciales y con ello el número de guerras posibles. El crecimiento de la unidad de Europa a través de instituciones europeas fue algo ideado de manera consciente como alternativa al sistema de Estados europeos, con todos sus peligros de conflicto, y la guerra entre sus potencias, o al menos eso esperamos, se ha convertido en algo inconcebible.

La necesidad de hacer la guerra siempre ha ido de la mano del desarrollo del Estado. El historiador Charles Tilly llega incluso a decir que “la guerra hizo al Estado, y el Estado hizo la guerra”. Protegerse, ya sea de tus vecinos o de las incursiones de los nómadas, exige organización: hay que tener hombres para combatir, y aportar liderazgo, disciplina y formación para conseguir su obediencia. Los Gobiernos tienen que saber cuántos guerreros pueden conseguir, y esto les conduce a su vez a llevar contabilidad y registros. La palabra *censo* viene de la antigua Roma; en el siglo VI a. C. las autoridades empezaron a hacer listas de los ciudadanos de sexo masculino tanto para recaudar impuestos como porque se esperaba de ellos que pudiesen combatir. Si bien los primeros soldados a menudo aportaban sus propias armas y provisiones, en las campañas de mayor envergadura y duración el Gobierno tenía que avituallarles, y esto suponía más burócratas para contabilizar y encontrar los suministros, además de animales de carga y barcos para transportarlos. Para la famosa batalla de Cannas contra los cartagineses en el año 216 a. C., se estima que el ejército romano,

unos ochenta mil soldados (aunque las cifras del mundo antiguo rara vez son fiables) habría consumido alrededor de cien toneladas de trigo al día. En el siglo XVIII, la Marina británica era con mucho la mayor industria de las islas británicas. Con 5.000 libras se podía construir una hilandería de algodón; un buque tan grande como el Victory del almirante Nelson costaba más de 60.000. Para construir, tripular y mantener los barcos eran necesarios astilleros, almacenes y bases, tanto en las islas británicas como en ultramar, y un número cada vez mayor de oficiales, administradores, proveedores y trabajadores. La Marina necesitaba grandes sumas de dinero, además de organización y gestión, y el Gobierno británico desarrolló las herramientas e instituciones necesarias, que resultarían muy útiles después para gestionar otros aspectos de la sociedad británica. El Tesoro se fundó en la segunda mitad del siglo XVII para mantener bajo control el gasto militar, pero con el tiempo acabaría convirtiéndose en un órgano que llevaba la cuenta del gasto de todos los departamentos del Gobierno. En la década de 1690, cuando Reino Unido estaba en guerra con Francia y necesitaba fondos desesperadamente, el Gobierno fundó como medida de emergencia el Banco de Inglaterra, que podía obtener dinero de sus suscriptores y prestarlo al Gobierno con un tipo de interés fijo. Una vez más, al igual que el Tesoro, el Banco se convirtió en una parte clave del sistema fiscal británico. Puesto que el Gobierno podía garantizar los pagos regulares de intereses gracias a su eficacia como recaudador de impuestos, los inversores consideraban las anualidades y bonos inversiones sólidas y deseables. El resultado: más fondos disponibles para cosas como la guerra.

Tácito, el gran historiador romano, dijo que “el dinero es el nervio de la guerra”. Siglos después, Samuel Pepys, famoso por sus diarios, se quejaba de que “la falta de dinero hace que todo, y especialmente las cosas de la Marina, dejen de funcionar”. En la guerra del Peloponeso, Atenas consiguió reconstruir su flota en tres ocasiones, pero cuando la última fue destruida en el año 405 a. C. ya no tenía más recursos y tuvo que rendirse ante Esparta y sus aliados. Las guerras también pueden autofinanciarse, cuando el enemigo derrotado tiene recursos. Alejandro Magno acumuló una enorme riqueza que provenía de los

persas. En los siglos xvi y xvii los españoles financiaban sus guerras europeas principalmente gracias al oro y la plata de los Imperios azteca e inca derrotados. La Confederación Germánica hizo pagar a Francia una cifra a tanto alzado tras la guerra franco-prusiana de 1870-1871. En el Tratado de Brest-Litovsk (1918), Alemania obligó a Rusia a entregar su oro y enviar materias primas hacia el oeste, y en el Tratado de Versalles, los aliados trataron de obtener reparaciones de guerra de Alemania.

A menudo, no obstante, los Gobiernos se ven obligados a recaudar los fondos necesarios de su propio pueblo, o a tomarlos prestados. Hasta la segunda mitad del siglo xx, la guerra constituía con diferencia el mayor gasto de los Estados más poderosos de Europa. En la guerra de los Nueve Años, de 1688 a 1697, que enfrentó a la Francia de Luis XIV e Inglaterra, se estima que la primera invertía el 74% de sus ingresos e Inglaterra el 75%. Pese a que sus ejércitos lograron repetidas victorias, Luis se vio obligado a una paz insatisfactoria porque ya no era capaz de encontrar a nadie dispuesto a prestarle los fondos que necesitaba. Resultó que a los británicos se les daba mucho mejor cobrar impuestos, y también pedir prestado y manejar su deuda. Pese a que Francia era el país más rico de Europa, Luis XIV y sus sucesores nunca consiguieron beneficiarse de esa riqueza, lo que acabó afectando a la capacidad de Francia para la guerra. El endeudamiento público solo consiguió llevar al Estado a la bancarrota. En 1789, el nieto de Luis XIV, Luis XVI, se vio obligado a dar un paso que resultaría fatal al convocar una asamblea de representantes de las principales clases del país con la esperanza de que estos votarían a favor de los impuestos.

Es cierto que para los británicos era más fácil recaudar impuestos porque podían cobrar tasas aduaneras en sus puertos. Pero había algo más importante: tenían un Parlamento dispuesto a subir los impuestos cuando fuera necesario y, hacia el siglo xviii, también contaban con el que probablemente fuera el sistema de recaudación de impuestos más eficiente de Europa. Aunque a regañadientes, los ciudadanos pagaban. Para cuando terminó la guerra de Independencia de EEUU en 1783, el inglés medio pagaba tres veces más impuestos anuales que su equivalente francés, aproximadamente. Es más, los impuestos los recaudaba

un organismo gubernamental, no como en Francia, donde imperaba un sistema de “granjeros de impuestos”, que adquirían los derechos de recaudación de impuestos sobre la premisa de que podrían quedarse los extras que recaudasen siempre y cuando le diesen al Gobierno una cantidad fija. Es cierto que, en su diccionario, Samuel Johnson describía el importante impuesto especial recaudado sobre los productos nacionales como un “impuesto odioso” recaudado por “miserables”, pero resultó clave para que Reino Unido pudiese mantener su Marina a flote y a sus ejércitos en el extranjero. A medida que el Estado británico fue volviéndose más organizado, eficiente y poderoso, pudo también reforzar su control sobre la sociedad, incluidos los levantiscos escoceses e irlandeses. Los recaudadores del impuesto especial recababan además mucha información, desde el número de fabricantes de velas al de comercios. La Oficina de Impuestos Especiales (Excise Office) otorgaba licencias a miles de fábricas de cerveza, tabernas, comerciantes de té y café, y otros muchos negocios. Sus inspectores estaban por todas partes, con “diez mil ojos”, como lamentaba la gente.

Estos ingresos anuales seguros garantizaban que, si el Gobierno decidía endeudarse, los prestamistas podían estar seguros de que se les devolvería su dinero. Siguiendo el ejemplo holandés, el Gobierno británico desarrolló un sistema de crédito público a bajo coste, tomando dinero prestado de sus ciudadanos a través de la emisión de bonos a corto y largo plazo que iba liquidando de forma sistemática. También usaban otro instrumento nuevo, el fondo de amortización, que asignaba ciertos ingresos al pago de deudas concretas. Sin esa fuente estable y fiable de fondos, Reino Unido no hubiera podido permitirse la Marina que hizo de él una potencia europea y mundial en lo económico y militar a finales del siglo XVII y XVIII. Recordamos a Pepys por los maravillosos detalles humanos de sus diarios, sus descripciones de Londres, su impaciencia con su mujer y sus amigas o su ligereza de cascos en lo sentimental, pero también fue un burócrata serio y dedicado que, a lo largo de muchos años de trabajo meticuloso, transformó la Marina británica, institución ineficiente y corrupta, en una fuerza de combate formidable. Estudió ingeniería naval, comprobaba personalmente cada contrato y conocía el precio

de todo lo que subía a bordo de un barco, desde el alquitrán hasta el cañón. Encontraba en ello, decía, “una gran satisfacción, y espero ahorrarle dinero al rey de esta manera”. Haría mucho más que eso: al final de sus treinta años de servicio la Marina había duplicado su flota y armas, y tenía tripulaciones eficaces y honradas.

En el siglo XVIII, el crecimiento del poder estatal centralizado en Europa, con ejércitos y marinas organizadas, controladas y financiadas por el Estado, también permitió a los Gobiernos tener a su disposición los medios necesarios para doblegar a los rebeldes y contumaces, ya fueran estos magnates locales, multitudes agitadas o bandidos. La necesidad del Estado de mantener su monopolio de la fuerza dentro del país y defenderse de los enemigos externos le había proporcionado un mayor control sobre la sociedad, sus recursos y las vidas de sus pueblos. En la Edad Media, tanto el Gobierno inglés como el escocés ordenaban a sus súbditos que practicaran el tiro con arco. A los escoceses también se les dijo que dejaran de jugar al fútbol. En la Primera y Segunda Guerra Mundial, los Gobiernos de los países involucrados determinaban qué podían y no podían producir las fábricas, y también qué debía racionarse. Los trabajadores con habilidades en ciertos campos –por ejemplo, munición o minería– dejaron de ser libres de cambiar de profesión o de alistarse en las fuerzas armadas. La moda, la comida, la diversión, los viajes, todo se regulaba en aras del esfuerzo de guerra. Y la disciplina militar se hacía notar incluso en tiempos de paz. No hay más que pensar en las fábricas y sus horarios estrictos para fichar a la entrada y a la salida, los almacenes de Amazon de nuestros días, o la manera en que las instituciones públicas de enseñanza uniformaban a sus alumnos en los siglos XIX y XX y los hacían formar en filas ordenadas, algo que en algunos casos sigue vigente hoy.

Por otra parte, a fin de mejorar su capacidad militar, los Estados tuvieron que introducir cambios que han sido beneficiosos para una parte o la totalidad de la sociedad. Una legislación coherente y una administración eficiente son una parte necesaria de la movilización de recursos para la guerra en un país, pero también pueden servir para ampliar los derechos de los ciudadanos y el espacio en el que estos pueden

operar. Los derechos de ciudadanía repetidamente se han vinculado con el servicio militar: en Grecia y Roma, ser ciudadano conllevaba la obligación de empuñar las armas, algo que a su vez daba validez a los derechos del ciudadano. Pese a que en la mayor parte de las ciudades Estado la ciudadanía estaba vinculada con la propiedad, las potencias marítimas como Atenas también necesitaban remeros, lo cual significaba que los hombres libres que no poseían mucho más que su fuerza podían obtener la ciudadanía empuñando el remo. En los primeros tiempos de la República romana, cuando Roma se encontraba casi constantemente en guerra con sus vecinos itálicos, los líderes aristocráticos que monopolizaban el poder se veían obligados a recurrir a los hombres ordinarios –la plebe– para combatir. Dice la leyenda que en una ocasión los plebeyos se retiraron a un lugar fuera de Roma y eligieron a sus propios representantes, los tribunos, y pidieron una serie de derechos que les fueron otorgados, entre ellos el derecho de veto por parte de sus tribunos ante ciertas decisiones de los magistrados aristócratas y el Senado. Algunos países han otorgado la nacionalidad a extranjeros por servicios prestados en tiempos de guerra. En EEUU y hasta 2018, las solicitudes de nacionalidad de aquellos inmigrantes que servían en el Ejército se tramitaban con mayor celeridad que las del resto.

En los siglos XIX y XX, a medida que la Revolución Industrial incrementaba la capacidad de los países para hacer la guerra a gran escala, los Gobiernos, incluso los autocráticos, se vieron obligados a emprender reformas en respuesta o en preparación de la guerra a fin de mantener el apoyo de la opinión pública. Los Gobiernos fomentaron la construcción de infraestructuras ferroviarias en parte para poder transportar tropas con facilidad de un lugar a otro del país en caso de revueltas internas, o hasta la frontera en caso de guerra. Alemania consolidó una única zona horaria en lugar del galimatías horario que tenía porque el Ejército lo solicitó para facilitar el movimiento de los trenes que transportaban tropas. Para conseguir soldados y marineros en plena forma era necesaria una mejor educación y nutrición. El Gobierno y la opinión pública de Reino Unido se sintieron conmovidos al descubrir que, de cada tres hombres que se presentaban

voluntarios para la segunda guerra bóer (1899-1902), se rechazaba a uno por inútil para el servicio. Esto provocó exigencias de mejora de la salud pública e innovaciones como la alimentación escolar gratuita para los niños indigentes. Tras la desastrosa derrota de Rusia en la guerra de Crimea, el zar Alejandro II abolió la servidumbre, en parte para reformar el sistema de alistamiento. Intentó, con un éxito moderado, modernizar la burocracia y los sistemas de educación y justicia de su país. Generaciones posteriores de reformadores rusos abogaron por instituciones representativas como forma de hacer país. Como dijo el príncipe Yevgueni Trubetskói antes de la Primera Guerra Mundial: “Es imposible gobernar contra el pueblo cuando se le necesita para la defensa de Rusia”.

Eso fue exactamente lo que el Gobierno ruso acabó haciendo entre 1914 y 1917: gobernar contra la voluntad de gran parte de su propio pueblo. La guerra, si debilita al Gobierno y socava su legitimidad, a menudo abre paso a cambios políticos y sociales enormes. Una victoria puede atrincherar en el poder a un régimen de la misma manera que una prolongada guerra de desgaste puede destruirlo. A veces el cambio es político, una serie de gobernantes sustituyen a otros, pero muchas veces se trata de algo más estructural. La Primera Guerra Mundial impuso serias penalidades a todas las potencias participantes, pero las más fuertes –Reino Unido, Francia y, en cierta medida, Alemania– capearon el temporal. Sufrieron cambios, pero no emergieron como sociedades fundamentalmente modificadas después de 1918 (es cierto que Alemania se convirtió en una república, pero sus instituciones, desde la burocracia hasta el Ejército, y su cultura siguieron siendo las mismas). La experiencia de Rusia, que antes de 1914 era la más frágil de las grandes potencias, fue muy diferente. El régimen zarista demostró ser incapaz de gestionar la guerra y lidiar con sus efectos en la sociedad y en 1917 su poder se había desvanecido frente a la insatisfacción popular, una oposición cada vez más organizada y la renuencia cada vez mayor de gran parte de su ejército a combatir. Lo que se estaba poniendo en tela de juicio no era solamente la competencia del régimen, sino la naturaleza misma de la sociedad rusa. Antes de la guerra, los revolucionarios habían

reclamado el fin de la autocracia y la transformación de Rusia en una cierta forma de sociedad socialista, pero había profundas divisiones entre ellos, eran pocos y vivían acosados por las autoridades. La guerra hizo aumentar el apoyo a su causa y dio peso a sus exigencias de cambio político y social radical. Incluso entonces, el régimen zarista podría haber perdurado de una cierta manera, de no haber sido por la inflexibilidad del zar y el fracaso del Gobierno provisional que le sucedió a la hora de sacar a Rusia de la guerra. Aquello brindó la oportunidad de hacerse con el poder a uno de los revolucionarios más brillantes, de línea dura y pocos escrúpulos. Y aun así, si Lenin hubiera permanecido en su exilio en Suiza, donde se encontraba cuando estalló la primera revolución, la de febrero, hoy su nombre no sería más que una nota al pie sin mayor importancia en la historia del siglo xx. El Alto Mando alemán, pensando a corto plazo como solían, lo envió de vuelta a Rusia a través de Alemania en el famoso tren sellado. Lenin y sus bolcheviques llevaron a cabo su golpe de Estado en noviembre de 1917 y establecieron un nuevo orden que cambiaría el curso de la historia de Rusia y del mundo y cuyas consecuencias nos acompañan hasta nuestros días.

Otra verdad incómoda acerca de la guerra es que trae consigo tanto la destrucción como la creación. Muchos de nuestros avances en ciencia y tecnología –el motor de reacción, los transistores, el ordenador– aparecieron porque resultaban necesarios en tiempos de guerra. La penicilina, que ha salvado tantas vidas, fue descubierta en 1928 por sir Alexander Fleming, pero los fondos para desarrollarla no estuvieron disponibles hasta la Segunda Guerra Mundial. El médico canadiense Norman Bethune fue el primero en realizar transfusiones de sangre, en un campo de batalla. La práctica del triaje, tan común hoy en los departamentos de urgencias de los hospitales, se empezó a usar en la guerra, posiblemente en las guerras napoleónicas. Para cuando se produjo la Primera Guerra Mundial, los médicos de campaña franceses ya dividían a los heridos entre aquellos a los que ningún tratamiento podría ayudar, los que podrían vivir si recibiesen tratamiento inmediato y aquellos que podían esperar. La cirugía –de heridas traumáticas o para reconstruir rostros destrozados– avanzó enormemente durante

las guerras del siglo xx, en parte porque había muchos pacientes sobre los que practicar.

En muchas sociedades las mujeres consiguieron acceder al empleo, la educación y los derechos como resultado de su participación en la guerra. Incluso antes del fin de la Primera Guerra Mundial, el Gobierno británico aprobó la Ley de Representación del Pueblo de 1918 para extender el derecho al voto a todos aquellos que no tuvieran propiedades –las clases obreras– y a las mujeres de más de treinta años, en reconocimiento de su contribución al esfuerzo de guerra. Al final de la Segunda Guerra Mundial, la llegada del Estado del bienestar se produjo por un sentir similar: durante la Guerra Fría, los líderes políticos estadounidenses, incluidos los presidentes Eisenhower y Johnson, se dieron cuenta de que tenían que otorgar ciertos derechos civiles a los afroamericanos, no necesariamente porque creyeran en la justicia de su causa, sino porque en el prolongado pulso para demostrar cuál de ambas sociedades era mejor –EEUU o la Unión Soviética–, la discriminación racial en EEUU le resultaba un arma muy práctica a la propaganda soviética.

Recientemente algunos historiadores y economistas eminentes, entre ellos Walter Scheidel y Thomas Piketty, han argumentado de manera muy convincente que las grandes guerras también pueden servir para colmar la brecha entre ricos y pobres y que la experiencia de los países que participaron en la Primera y Segunda Guerra Mundial así lo demuestra. Las grandes guerras estimulan el empleo; la mano de obra se vuelve más valiosa, así que los salarios y prestaciones aumentan, y los ricos pagan impuestos más altos de manera voluntaria (o les cuesta más evitar hacerlo). Al final de una guerra destructiva también resulta más fácil contemplar programas de reconstrucción y prestaciones sociales y ganarse con ellos el apoyo del pueblo. Como escribió William Beveridge en el informe que asentó los cimientos del Estado del bienestar británico: “Ahora que la guerra está borrando los hitos de todo tipo, tenemos la oportunidad de usar nuestra experiencia en un ámbito claro. Un momento revolucionario en la historia del mundo es un momento para la revolución, no para andar poniendo parches”.

Asimismo, hay pruebas que demuestran que la guerra también resulta igualadora desde el punto de vista social, además de económico. Se alista a los hombres, y a veces también a las mujeres y se les obliga a convivir con gente que no se parece en nada a lo que conocen. En la Primera Guerra Mundial, cuando los jóvenes oficiales británicos, educados en colegios privados en su mayoría, censuraban las cartas que sus hombres enviaban a casa, a menudo se sorprendían al comprobar que los soldados rasos expresaban el mismo amor, miedo y esperanza que ellos mismos sentían. En la Segunda Guerra Mundial, George MacDonald Fraser, que más tarde se haría famoso por sus novelas *Flashman*, acabó en la campaña de Birmania, en un regimiento compuesto mayoritariamente por cumbrios de clase trabajadora, rudos y taciturnos. Como el muchacho de clase media educado que era, los encontraba fascinantes pero extraños. Cuando su familia le envió un par de libros, una novela cómica y el *Enrique V*, esperaba –como buen “esnob intelectual”, dice él mismo– que nadie se interesase por la obra de Shakespeare. Cuando su sargento, que había dejado la escuela antes de los quince años, se lo tomó prestado, Fraser asumió que no lo leería. Tres días más tarde, el sargento le devolvió el libro y Fraser se avergonzó, pero también aprendió una lección, al ver que no solo lo había leído, sino que le había conmovido realmente. “Seguro que Shakespeare estuvo en el ejército –le dijo a Fraser–, porque sabía mucho acerca de lo que significa ser soldado”. Una joven mujer británica de clase media, que escogió el Servicio Naval Femenino porque pensó que allí encontraría más gente de su tipo que entre las auxiliares femeninas de los ejércitos de tierra o aire, acabó en un curso de mecánica rodeada de mujeres escocesas de clase trabajadora. Más tarde admitiría que “la guerra hizo mucho bien a las chicas que, como yo, habían recibido una educación privada, realmente mucho bien. Me enseñó que la gente de clase trabajadora podía tener sentimientos, y que podían ser inteligentes, muy inteligentes, porque realmente algunas de aquellas chicas eran listísimas. Nunca antes habría pensado algo así”.

Decir que la guerra tiene sus ventajas y que puede ayudar a construir sociedades más fuertes e incluso más justas no equivale a defenderla.

Por supuesto que preferiríamos mejorar el mundo, ayudar a los débiles y desafortunados, o lograr avances científicos o tecnológicos en situación de paz. No obstante, encontrar la voluntad y los recursos para hacer grandes avances resulta más difícil en tiempos pacíficos; es demasiado fácil dejar para mañana el actuar contra la pobreza, la crisis de los opiáceos o el cambio climático. En cambio, la guerra nos obliga a concentrarnos y, nos guste o no, ha sido siempre así a lo largo de toda la historia del ser humano.